

# Los mexicanos y el mundo: elementos para pensar y diseñar la política exterior

*Guadalupe González González  
y Jorge A. Schiavon*

## **Introducción**

Una pregunta fundamental en el campo de las relaciones internacionales, por sus implicaciones normativas y prácticas, es cómo definen los Estados sus intereses nacionales y con base en qué formulan los gobiernos las prioridades, estrategias y políticas frente al exterior. En un régimen democrático, la política exterior debería promover los intereses nacionales definidos mediante un proceso representativo de agregación de la pluralidad de éstos en una sociedad. De existir una estricta representación de las preferencias de la población, los intereses nacionales deberían reflejar las visiones de la mayoría y, en casos de fragmentación, los acuerdos sociales mínimos. Siendo así, en la medida en que se conozca qué piensan los ciudadanos sobre el mundo, sería posible elaborar una política exterior más acorde con sus verdaderos intereses y, quizá, más eficaz al contar con apoyo social.

Pero, ¿cuáles son realmente las preferencias de la población en el ámbito internacional y qué tan precisas y estables pueden ser? Las preferencias y los intereses de individuos, grupos

sociales o Estados pueden determinarse en, al menos, tres maneras diferentes: a partir de supuestos lógicos, deduciéndolos teóricamente, o bien observándolos en la realidad.<sup>1</sup> Dentro de esta tercera posibilidad, una de las formas más comunes en la que los individuos revelan sus preferencias sobre un tema en particular es por medio de encuestas de opinión. En ellas se presenta a los encuestados una gama de opciones posibles sobre un asunto específico y se les pide que indiquen sus inclinaciones al respecto. De acuerdo con la formulación de la pregunta, en algunos casos, se puede conocer, además, la intensidad de las preferencias.

Los resultados de la encuesta *México, las Américas y el Mundo* permiten conocer mejor cuáles son las percepciones y aspiraciones de los mexicanos en su interacción con el mundo y, por lo tanto, ofrecer elementos para una reflexión pública informada sobre la política exterior y el papel internacional de México. El año 2010 representa una oportunidad única para observar, medir y analizar los intereses, las creencias, percepciones y aspiraciones de los mexicanos hacia la nación y el mundo. El presente artículo sobre la encuesta *México, las Américas y el Mundo 2010* ofrece información valiosa para acercarse a estas interrogantes y a otras más; no pretende ser exhaustivo, sino llamar la atención sobre algunos aspectos clave de la relación de México con el mundo, en un momento en el que el país evalúa su presente y debate su futuro a partir de sus 200 años de vida independiente. En cada una de sus cinco secciones, este trabajo analiza los principales hallazgos en torno a las siguientes cuestiones: ¿quiénes son los mexicanos del bicentenario?, ¿cuáles sus preocupaciones y aspiraciones en el mundo?, ¿dón-

---

<sup>1</sup> Jeffrey A. Frieden, "Actors and Preferences in International Relations", en David A. Lake y Robert Powell (eds.), *Strategic Choice and International Relations*, Princeton, Princeton University Press, 1999, pp. 53-66.

de se ubican en el ámbito internacional?, ¿cómo entienden y enfrentan el fenómeno de la migración? y ¿qué elementos sirven para repensar y diseñar la política exterior mexicana?

## **Los mexicanos del bicentenario en un mundo globalizado**

En México, las celebraciones patrias estuvieron acompañadas por un ánimo poco festivo y de relativo ensimismamiento y aislamiento frente al mundo por parte de la opinión pública, pero no dieron lugar al resurgimiento de ninguna de las vetas del nacionalismo mexicano. La mentalidad de la sociedad mexicana continuó abriéndose en el ámbito cultural y económico, en tanto que el nacionalismo político mantuvo su vigencia simbólica en términos de orgullo nacional y avance de la identidad nacional por encima de la local.

Un indicador fundamental de cohesión social en un mundo altamente globalizado es el grado en que los ciudadanos se identifican con su país. Ante la pregunta: “¿Qué se siente usted más, mexicano o de su estado?”, encontramos que la identidad nacional es predominante en la sociedad mexicana y que se trata de un rasgo sumamente persistente y en ascenso incluso en condiciones de incertidumbre económica y política. En 2010, 62% de los encuestados respondió sentirse mexicano antes que de su estado, en tanto que 37% se identificó primero con la localidad que con la nación. Al contrario de lo que generalmente se piensa, los líderes son el grupo de la población con el nivel más alto de identificación nacional (78% se siente mexicano y 17% de su localidad). La vigencia del nacionalismo político también se observa con respecto al orgullo nacional. De 2006 a 2010 el sentimiento de orgullo nacional aumentó nueve puntos porcentuales hasta alcanzar una amplia mayoría de 81% de la

población adulta que está muy orgullosa de ser mexicana, frente a una minoría (cinco por ciento) que no lo está.

Fuera de México, ¿con qué comunidades políticas, espacios culturales y regiones geográficas a nivel internacional hay sentimientos de identidad compartida? La encuesta identifica tres rasgos que caracterizan la identidad internacional de los mexicanos: primero, la mayoría se siente primordialmente *latinoamericano* (51%); segundo, hay un segmento considerable de cosmopolitas, pues uno de cada cuatro (26%) se identifica a sí mismo como *ciudadano del mundo*, y tercero, la identificación con las dos subregiones geográficamente más cercanas es mínima y son muy pocos los que se consideran *norteamericanos* y *centroamericanos* (siete por ciento en ambos casos). Sin embargo, en los últimos cuatro años la identidad latinoamericana cayó 11 puntos, mientras que el cosmopolitismo experimentó un ligero incremento de cuatro puntos y la identificación norteamericana se mantuvo igual.

¿Qué sucede cuando los mexicanos se enfrentan al dilema entre nacionalismo y conveniencia? Con el propósito de averiguar la disposición a compartir soberanía con un país más poderoso a cambio de bienestar material a nivel individual, se preguntó a los encuestados qué tan de acuerdo estarían con la posibilidad de que México y Estados Unidos formen un solo país, si esto significara una mejoría en su nivel de vida. Si bien la mayoría (52%) está muy o algo de acuerdo, una proporción muy cercana (45%) está muy o algo en desacuerdo. A lo largo de los distintos levantamientos desde 2004, la mayoría del público ha oscilado entre su apego al nacionalismo político y su conveniencia individual. Ahora bien, cuando se plantea la misma pregunta respecto de una posible unión política por conveniencia con países menos poderosos como los centroamericanos, se observa un menor nivel de acuerdo que cuando se trata de fusionarse con el poderoso vecino del norte; en este caso, la

población se divide por completo: 48% muy o algo de acuerdo y 48% muy o algo en desacuerdo.

El nacionalismo económico tiene, en general, menos arraigo que el nacionalismo político. Los mexicanos se resisten cada vez menos a abrirse al contacto económico con el exterior, pero son más entusiastas del libre comercio que de la globalización y de la inversión extranjera. Es notable que las actitudes nacionalistas en materia económica y comercial no hayan aumentado a raíz de las secuelas de desempleo, pobreza y desigualdad generadas por la crisis financiera mundial de 2008-2009, aunque el petróleo se mantiene como el pilar del nacionalismo económico, pues persiste el rechazo mayoritario a la inversión extranjera en este sector.

En México, el libre comercio goza de buena reputación; existe una opinión consistentemente positiva, tanto a nivel del público como de líderes, sobre el balance de beneficios y costos que acarrea en distintos rubros. La mayoría del público (75%) opina que el libre comercio es bueno para la economía de los países desarrollados y 63% considera que trae beneficios a la economía mexicana. Lo notable es que mayorías significativas también lo consideran benéfico para su propio nivel de vida (59%) y para el campo mexicano (56%). Hay mayor escepticismo con respecto a las consecuencias del libre comercio para el medioambiente, aunque 49% las considera positivas. Los líderes son más entusiastas del libre comercio que el público en casi todos los rubros: amplias mayorías creen que es bueno para la economía de países desarrollados (90%), para su nivel de vida (79%) y para la economía mexicana (73%), y mayorías relativas piensan que beneficia al medioambiente (48%) y al campo mexicano (45%).

Ahora bien, cabe preguntarse si existe la misma orientación de apertura hacia el capital extranjero que hacia el libre comercio. La respuesta es afirmativa; en la opinión pú-

blica mexicana se observa un considerable nivel de coherencia. Cuando se pregunta: “¿Qué tanto cree que la inversión extranjera beneficia a México?”, 45% del público piensa que mucho, 34% algo, 15% poco y cuatro por ciento nada. Por consiguiente, la mayoría (79%) hace una valoración positiva, en tanto que sólo 19% se inclina hacia una percepción negativa. En los últimos dos años se observa un aumento de 12 puntos en el porcentaje de personas que considera que la inversión extranjera es muy benéfica. Por su parte, los líderes valoran con mayor entusiasmo la inversión extranjera: 67% considera que beneficia mucho al país, 25% algo y solamente ocho por ciento dice que poco y nada.

El grado de apertura de la opinión pública hacia el capital extranjero varía dependiendo del sector, aunque los líderes se muestran mayoritariamente abiertos en todos los casos. Se preguntó si el gobierno debe permitir o no que los extranjeros inviertan en los siguientes sectores: telefonía, electricidad, petróleo y medios de comunicación. Se encontró apertura en telefonía y medios, cerrazón en petróleo y ambivalencia en electricidad. En general, la mayoría de la población está abierta a la inversión extranjera en los sectores de comunicación, como telefonía (56%) y televisión y periódicos (56%), aunque la oposición es considerable en ambos sectores (40% y 39% en contra). Los líderes comparten con mayor intensidad la posición de apertura: 79% está a favor de la inversión extranjera en telefonía y 77% en medios de comunicación.

Al igual que en levantamientos anteriores, se observa un amplio rechazo del público a la posibilidad de permitir que los extranjeros inviertan en la producción, la exploración y la distribución de petróleo (62% en contra, 33% a favor), y una brecha con la opinión de los líderes, mayoritariamente a favor de la apertura (64% a favor, 34% en contra). Si bien hay una caída de ocho puntos porcentuales en el nivel de rechazo en la

población con respecto a 2008, la brecha entre líderes y público se mantuvo igual, pues la aceptación entre los primeros creció en la misma proporción. Por otra parte, el público no tiene una opinión mayoritaria con respecto a permitir o no la inversión extranjera en el sector eléctrico y está dividido en mitades: 47% a favor y 49% en contra. Sin embargo, las actitudes nacionalistas en este sector se han erosionado ya que, entre 2006 y 2010, la proporción de personas a favor aumentó 20 puntos.

En general, los mexicanos no prestan mucha atención a las cuestiones relacionadas con la realidad nacional y mundial. La actitud de desatención sobre los asuntos nacionales cambió poco en el año del bicentenario, a pesar de la amplia cobertura de los medios masivos de comunicación a temas políticos, sociales y económicos vinculados con la Independencia y la Revolución mexicana. El nivel de atención del público a las noticias sobre la situación política y social de México es similar al de 2008: 54% de los entrevistados dice interesarse mucho (27%) o algo (27%), en tanto que 42% manifiesta poco (26%) o nada de interés (16%). El nivel de atención a las noticias sobre asuntos económicos y financieros es ocho puntos porcentuales más bajo que el interés por temas políticos y sociales, con una proporción más alta de personas desinteresadas (51%) que atentas (46%).

Un punto destacable es que el interés de los mexicanos por los temas de la vida pública nacional se mantuvo estable con respecto a 2008, al igual que su nivel de atención a los asuntos internacionales. De los entrevistados, 56% se interesa mucho (25%) o algo (31%) en las noticias sobre las relaciones de México con otros países, mientras 42% manifiesta poco (29%) o ningún interés (13%). Estos datos ponen en duda la creencia generalizada de que los ciudadanos sólo se interesan por lo que ocurre en el país, cuando en realidad lo que se observa es un nivel medio de atención por los asuntos públicos, independiente-

mente de si son nacionales o internacionales. Hay una marcada brecha de interés entre la población y los líderes, quienes son parte del llamado “círculo rojo” que sigue de cerca las noticias. La proporción de líderes atentos es, en promedio entre los tres tipos de noticias, 43 puntos más alta que la de la población con niveles de atención de 90% o más en todos los temas.

¿Qué tan informados y qué tanto conocen los mexicanos sobre asuntos internacionales? Para indagar sobre esto, la encuesta incluye una batería de ocho reactivos sobre distintos temas. Destacan cinco hallazgos que confirman lo encontrado en levantamientos anteriores. Primero, los mexicanos tienen un nivel de conocimiento de medio a bajo sobre cuestiones internacionales. Segundo, conocen mejor los temas locales que los nacionales e internacionales. Tercero, las diferencias en el nivel de información y conocimiento entre los mexicanos son muy importantes dependiendo de la región donde viven, su género, edad, escolaridad e ingreso; entre mayor sea el ingreso, el nivel educativo, la edad y la cercanía con la frontera norte, poseen mayores niveles de conocimiento. Cuarto, los líderes están mucho mejor informados que la población. Quinto, los niveles de conocimiento sobre lo internacional han variado muy poco a lo largo del tiempo, a pesar del avance del cosmopolitismo cultural y de la mayor apertura en materia económica.

Sólo 23% de los entrevistados identifica correctamente las siglas de la Organización de los Estados Americanos, lo cual no es sorprendente por la baja visibilidad que esta organización tiene en México. Sin embargo, lo que resulta sumamente revelador es el bajo nivel de conocimiento con respecto a actores más cercanos y visibles como son la FIFA (46% identifica las siglas) y la Secretaría de Relaciones Exteriores (28% conoce las siglas). De los mexicanos encuestados, 55% tampoco sabe que el euro es la moneda de buena parte de los países de la Unión Europea y solamente seis por ciento conoce el nombre de la titular



de la Cancillería mexicana. En cambio, 77% sabe quién es el gobernador de su estado. La mayoría de los mexicanos sólo conocen bien a dos actores internacionales, la ONU y el presidente de Estados Unidos, ambos con 70% de aciertos.

Es posible que la desatención y el desconocimiento estén asociados con la intensidad y el tipo de contacto que se tenga con el exterior. Uno de los hallazgos más destacables de la encuesta es que corrobora que el nivel de contacto de los mexicanos con el exterior ha venido disminuyendo en el transcurso de los últimos seis años. El aumento del aislamiento es una tendencia que viene de atrás, por lo que no parece ser consecuencia del énfasis nacionalista de la conmemoración del bicentenario. Una modalidad de contacto con el mundo es la de emprender viajes a otros países, sea o no con la intención de radicar en ellos. En 2010, 24% de la población manifestó haber viajado fuera de México cuando menos una vez, lo que representa un nivel de contacto ocho puntos menor al de 2008 y 26 puntos porcentuales inferior al de 2004. La capacidad de viajar al extranjero ha menguado considerablemente desde 2004, cuando los encuestados reportaron que habían salido fuera del país un promedio de 3.5 veces en su vida. En 2010, el promedio de viajes al exterior fue de 1.5. Como es de esperarse, los líderes mantienen un intenso contacto con el exterior y disponen de mayores facilidades para viajar. De ellos, 93% ha viajado al exterior al menos una vez y 69% reporta haber salido de México más de diez veces; el promedio de viajes internacionales entre los líderes es de 30 en su vida.

Por último, una manera indirecta de observar qué tan en contacto están los mexicanos con el mundo y qué dirección tiene esta vinculación es preguntando si hablan o no algún idioma extranjero y cuál. La inmensa mayoría (88%) no habla ningún idioma extranjero y el inglés es, por mucho, el que mayormente se conoce (99% de quienes hablan otro idioma lo señala). Por su

parte, 83% de los líderes habla otros idiomas, especialmente el inglés. En suma, los mexicanos del bicentenario perciben al mundo como una tierra ignota y distante con la que sólo es posible comunicarse en inglés.

### **Amenazas, aspiraciones y acciones en política exterior**

En 2010, los mexicanos se encontraban más preocupados por la situación nacional que por el entorno internacional, en buena medida como resultado de la crisis de seguridad pública y los problemas económicos que enfrentaba el país, aunque consideraban que la actividad internacional era una forma de promover la solución de los problemas internos. Desde esta óptica se pueden entender las percepciones y preferencias que la población y los líderes asumen con respecto a las amenazas, los objetivos y los instrumentos de política exterior. Las preocupaciones locales adquieren prioridad en la agenda de política exterior y las dos caras del poder suave, la diplomacia y la cultura, se consideran como los instrumentos centrales de la interacción de México con el mundo. La lente local también ayuda a entender por qué los mexicanos son muy críticos al evaluar las políticas públicas de su gobierno, pero consistentemente califican mejor las políticas internacionales que las internas.

A fin de conocer cómo se percibe la situación mundial, se preguntó a los encuestados si estiman que el mundo está mejor o peor que hace una década y cómo esperan que esté dentro de 10 años. En términos retrospectivos, la mayoría del público es pesimista: 68% piensa que el mundo está peor que hace 10 años. Ahora bien, los líderes son menos pesimistas que la población (54% considera que el mundo se encuentra peor), pero su nivel de pesimismo aumentó sustancialmente (14 puntos)

entre 2008 y 2010. En términos de la evaluación prospectiva del mundo, se advierte cierta esperanza: mientras 58% del público en 2008 creía que el mundo estaría peor dentro de 10 años, en 2010, este porcentaje cayó a 50%. La esperanza es más patente entre los líderes, ya que sólo 32% piensa que el mundo empeorará. Así, población y líderes comienzan a vislumbrar una luz al final del túnel.

Ahora bien, cuáles son las fuentes de preocupación detrás del pesimismo mexicano con respecto a la situación mundial y qué amenazas se perciben en el entorno internacional. En concordancia con la percepción de que el mundo se encuentra peor hoy que hace 10 años, se observa un aumento en el grado de preocupación de la población general con respecto a una lista de 17 posibles amenazas internacionales. En prácticamente todas las variables se registra un incremento en la percepción de la gravedad de la amenaza para México, aunque no todos los problemas preocupan igual. Las respuestas sobre amenazas internacionales se pueden dividir en tres grupos, de acuerdo con el porcentaje de la población que las considera muy graves: las más importantes son las consideradas como tales por 75% o más de los entrevistados; las intermedias se encuentran entre sesenta y setenta y cinco por ciento, y las poco importantes están por debajo de sesenta por ciento.

En 2010 se identificaron como principales amenazas las siguientes: el narcotráfico y el crimen organizado (público 82% y líderes 91%, ambos grupos coincidieron en calificarla como la primera amenaza y ambos aumentaron en tres puntos la gravedad de la misma con respecto a 2008); el calentamiento global (público 80% y líderes 80%); la escasez y la carestía de alimentos (público 80%, líderes 72%); los desastres naturales (público 78%, líderes 70%); la pobreza en el mundo (público 76%, líderes 79%); las crisis económicas (público 76%, líderes 79%), y el tráfico de armas (público 76%, líderes 80%). Estos datos revelan que

hay una amplia coincidencia entre población y líderes sobre las siete principales amenazas internacionales que enfrenta México y que el nivel de preocupación por cada una de ellas es muy similar.

En el segmento intermedio se incluyen las siguientes amenazas: las epidemias como el sida (público 72%, líderes 43%); las armas nucleares (público 72%, líderes 51%); el terrorismo internacional (público 72%, líderes 59%); los conflictos fronterizos y territoriales (público 62%, líderes 47%), y la inestabilidad en países vecinos (público 60%, líderes 40%). Aunque existe coincidencia entre líderes y población con respecto a la evaluación de estas amenazas como intermedias, la intensidad percibida por el público es considerablemente superior (entre trece y veintinueve puntos) que por la de los líderes. Es interesante notar que, salvo las epidemias, el resto de las amenazas están relacionadas con temas de seguridad internacional o nacional que se perciben más alejados de la realidad personal, salvo en situaciones de conflicto mundial o regional.

Por último, en el tercer grupo (menos de sesenta por ciento del público las consideran como amenazas graves), se encuentran las siguientes: las guerrillas (público 59%, líderes 44%); que países ricos dificulten la entrada a migrantes (público 52%, líderes 57%); el aumento en el gasto militar (público 52%, líderes 40%); la entrada de inmigrantes indocumentados (público 40%, líderes 24%), y el surgimiento de China como potencia mundial (público 40%, líderes 19%). Destaca el bajo nivel de amenaza que representa China, especialmente para los líderes, lo que podría estar relacionado con los altos niveles de aprobación con respecto al libre comercio y la inversión extranjera. Con excepción de la mayor preocupación de los líderes por los controles fronterizos para migrantes en los países desarrollados, existe nuevamente coincidencia en que estas amenazas son menos graves y, salvo individuos con una estrecha relación

con el fenómeno migratorio, estos temas parecerían distantes a la vida cotidiana de las personas y su bienestar. Al igual que en el segundo grupo y con la excepción recién hecha, la intensidad de la gravedad es mayor para la población que para los líderes (hasta 21 puntos).

De lo anterior cabe destacar dos puntos. En primer lugar, se observa continuidad y coherencia en las respuestas, tanto de público como de líderes, sobre la evaluación de las principales amenazas internacionales con respecto a 2008. Segundo, las amenazas internacionales que los mexicanos identifican como las más importantes son las que afectan su vida cotidiana, lo que significa que los problemas mundiales son vistos a partir de la realidad personal o local. No sorprende, entonces, que la máxima amenaza internacional percibida sean el narcotráfico y el crimen organizado, la cual se ha mantenido en primer lugar en el curso de los cuatro levantamientos (2004, 2006, 2008 y 2010). Las amenazas de gravedad intermedia se refieren a temas tradicionales de seguridad internacional y nacional, como terrorismo, armas nucleares y conflictos fronterizos. Finalmente, los temas que no se perciben como amenazas importantes son los que se estiman más alejados de la realidad inmediata de las personas.

Con respecto al nivel de actividad externa, la mayoría prefiere que México participe activamente en los asuntos mundiales (68%) a que se mantenga alejado (22%). Esta preferencia es similar a 2008 (69%), pero considerablemente superior a 2006 (56%) y 2004 (57%). Por tanto, los mexicanos aspiran a un país activo en el mundo, pero, como se verá a continuación, sus prioridades de política exterior están directamente relacionadas con la solución de los problemas locales y nacionales que los afectan.

En el levantamiento de 2010 se incluyeron 16 objetivos de acción externa para valorar su relevancia. Siguiendo la misma lógica de dividir en tres categorías las respuestas de acuer-

do con su nivel de prioridad, los objetivos de política exterior serían: los de alta prioridad, considerados como sumamente importantes por más de setenta por ciento de la población; los de prioridad media, entre cincuenta y setenta por ciento, y los de baja prioridad, por debajo de cincuenta por ciento. Los límites para definir estas categorías varían ligeramente con respecto a las amenazas, ya que la intensidad promedio de la importancia de los objetivos es menor que la intensidad de las amenazas.

En sintonía con la apreciación de las amenazas y el levantamiento anterior (2008), en 2010 los objetivos de más alta prioridad para la política exterior fueron: combatir el narcotráfico y el crimen organizado (público 75% y líderes 89%); proteger el medioambiente (público 74% y líderes 91%); promover la cultura mexicana (público 74%, líderes 82%); proteger los intereses de los mexicanos en el exterior (público 73%, líderes 86%); promover la venta de productos mexicanos en el mundo (público 73%, líderes 90%); atraer turistas (público 73%, líderes 78%), y atraer inversión extranjera (público 71%, líderes 83%). Al igual que con las amenazas, hay una coincidencia exacta sobre las siete principales prioridades de política exterior entre líderes y población; sin embargo, el nivel de importancia es sustancialmente mayor para los líderes (desde cinco hasta 17 puntos). Además, cabe advertir que los mexicanos identifican como los principales objetivos de la política exterior los que están más directamente vinculados con su vida diaria y situación personal.

Con respecto a las prioridades de relevancia intermedia, se ubican las siguientes: proteger fronteras (público 64%, líderes 69%); combatir el terrorismo (público 62%, líderes 59%); proteger y promover los derechos humanos (público 60%, líderes 53%); promover la integración regional (público 57%, líderes 71%), y prevenir la proliferación nuclear (público 54%, líderes 60%). Una vez más, existe coincidencia entre población

y líderes en el nivel de prioridad intermedia que dan a estos objetivos. Con excepción de los derechos humanos, las demás prioridades intermedias de política exterior se refieren a asuntos tradicionales de seguridad (combatir el terrorismo, evitar la proliferación nuclear y proteger fronteras) o economía internacional (promover la integración regional), relativamente más distantes de la realidad diaria y el bienestar de las personas.

Finalmente, la categoría de objetivos con bajo nivel de prioridad está compuesta de la siguiente manera: ayudar a mejorar el nivel de vida de países menos desarrollados (público 47%, líderes 56%); fortalecer a la ONU (público 43%, líderes 65%); promover la democracia (público 43%, líderes 35%), y fortalecer a la OEA (público 34%, líderes 53%). Con la salvedad del fortalecimiento de las Naciones Unidas para los líderes, se observan otra vez grandes semejanzas entre población y elites en cuanto a los objetivos que identifican como poco prioritarios. Para los mexicanos, los temas vinculados con la construcción de instituciones internacionales y la promoción de valores en el mundo están al final de la lista de prioridades de política exterior. Multilateralismo, promoción democrática y cooperación internacional no han permeado a la opinión pública mexicana y se perciben como ajenos a su realidad inmediata.

En términos de instrumentos, ¿qué prefieren los mexicanos: el uso de estrategias de poder duro (militar), intermedio (económico y comercial) o suave (diplomático y cultural)? Los líderes estarían muy de acuerdo en que, para aumentar la influencia de México en el mundo, el país utilizara recursos culturales (87%), comerciales (84%) y diplomáticos (84%), en tanto que rechazan enfáticamente el recurso militar (82% estaría algo o muy en desacuerdo). La población tiene un ordenamiento idéntico de preferencias que las elites, aunque la intensidad es menor: 54% estaría muy de acuerdo en usar la cultura, 53% el comercio y 36% la diplomacia. Cabe resaltar que la población se divide con

respecto a la fuerza militar: 51% estaría muy o algo de acuerdo en usarla, mientras que 43% estaría muy o algo en desacuerdo.

Es preciso detenerse aquí para destacar dos puntos. El primero es que la población es sumamente coherente en cuanto a sus percepciones sobre amenazas, objetivos e instrumentos. Frente a situaciones internacionales que amenazan las condiciones de vida de las personas se proponen objetivos que maximicen el bienestar de la población y el prestigio nacional y se privilegian los instrumentos de poder suave más acordes para conseguirlos. El segundo es el amplio nivel de convergencia entre público y líderes en la visión macro de la política exterior, lo que permite argumentar que existe un mandato claro de carácter general en materia de política exterior.

Dado el consenso social en cuanto a amenazas, objetivos e instrumentos, es necesario preguntarse cómo evalúan los mexicanos la política exterior en comparación con otras políticas públicas. En el levantamiento de 2010 se incluyeron siete áreas de política pública, tres relacionadas con temas internacionales (política exterior, protección a los mexicanos en el exterior y política comercial) y cuatro de carácter interno (combate a la pobreza, económica, seguridad pública y educación). En general, existe una percepción crítica sobre el trabajo que realiza el gobierno mexicano en todas las áreas. Tanto en público como en líderes, el porcentaje de población que está “muy de acuerdo” con el desempeño gubernamental es muy bajo. En el caso del público, la política gubernamental mejor evaluada es la educativa (19%) y, entre las elites, la política exterior (13%). Sin embargo, se observa una caída drástica de 25 puntos en el nivel de alta aprobación de la política exterior entre los líderes con respecto a 2008; en la población, la calificación más alta ha venido cayendo sistemáticamente a largo de la década: 37% en 2004, 33% en 2006, 13% en 2008 y 10% en 2010.



Las políticas públicas con incidencia internacional son, consistentemente, mejor evaluadas que las políticas internas. Sin embargo, de cara a las aspiraciones de los mexicanos, la política exterior de México se queda corta. Esto abre una amplia ventana de oportunidad para una política exterior más activa, con amplios márgenes de acuerdo y apoyo entre la población y los líderes, centrada en la consecución de objetivos vinculados con el bienestar de los individuos y el prestigio internacional del país y el uso de instrumentos culturales, diplomáticos y comerciales.

### **Ubicación en el ámbito internacional: visiones de países, regiones y actores internacionales**

¿Cómo se ubican los mexicanos en el mundo? ¿Qué opinión les merecen otros países, regiones e instituciones internacionales? ¿Cuáles son las evaluaciones de sus relaciones con el mundo? En general, los mexicanos del bicentenario se ubican más cercanos en intereses a América del Norte que a cualquier otra región. El cambio más importante en 2010 fue la mejora generalizada de percepción que los mexicanos tienen sobre Estados Unidos. Aunque América Latina no pierde aprecio, disminuye la inclinación por ejercer un papel de liderazgo regional, que, por otro lado, ganó Brasil. Además, los mexicanos tienen una apreciación alta por Europa y Asia, pero sólo idealmente, pues no aparecen entre sus prioridades.

Para conocer las percepciones generales sobre otros países, se pidió a los encuestados hacer una valoración numérica de 16 países en una escala de 0 a 100, donde 0 es una opinión muy desfavorable, 100 muy favorable y 50 neutra. A partir de esta escala, el país con mayor popularidad entre el público mexicano (68 puntos) y los líderes (82 puntos) es Canadá, el cual ha mantenido esta posición desde 2006 entre el público y

desde 2004 entre los líderes. Llama la atención la estabilidad de la buena imagen de Canadá en ambos grupos, a pesar de los desacuerdos bilaterales y del malestar en la prensa mexicana ante la decisión de imponer visas a mexicanos desde julio de 2009.

Si bien hay coincidencia entre público y líderes respecto al país mejor valorado, las preferencias de los dos grupos varían en el orden asignado. En el caso del público, después de Canadá, los países mejor valorados son: Estados Unidos (68 puntos), España (64), Japón (64), Alemania (63), China (62), Brasil (61), Argentina (56) y Chile (54). Entre líderes, en seguida de Canadá, el orden de preferencias es distinto: Alemania (81), Brasil (79), Chile (76), Japón (75), España (73) y Estados Unidos (72), que comparte la séptima posición con China. Respecto a los países que están más abajo en las puntuaciones, también hay una jerarquización distinta en las menciones de población y líderes. Entre el público, los peor evaluados son: Guatemala (46), Venezuela (45), Ecuador (45), Cuba (44), El Salvador (43), Israel (42) y, el menos valorado, Irán (40). Los líderes establecen un orden diferente: Guatemala (55), Ecuador (53), Bolivia (52), Cuba (51), El Salvador (51), Irán (48) y, en último lugar, Venezuela (46).

Como puede observarse, hay coincidencias entre público y líderes en los países mejor y peor valorados. Por un lado, los mexicanos otorgan las mejores puntuaciones a los países con los cuales tienen relaciones históricas, cercanas y frecuentes (Canadá, Estados Unidos, España), y los que reconocen como ejemplos de éxito económico por su nivel de desarrollo y estabilidad (Alemania, Chile, Japón) o por su alto crecimiento (Brasil, China). Por el otro, los países menos estimados en los últimos años han sido protagonistas de conflictos internacionales (Israel, Irán) y regionales (Cuba, Ecuador, Venezuela), o tienen problemas de violencia criminal y menores niveles de desarrollo (Guatemala y El Salvador).

Finalmente, encontramos que las valoraciones regionales de los mexicanos no coinciden del todo con sus opiniones sobre qué regiones son prioritarias para México. Ante la pregunta: “¿A qué región debe México prestar más atención?”, las respuestas del público y los líderes difieren. Poco más de la tercera parte del público (36%) opina que la prioridad debe ser América del Norte; sin embargo, la misma proporción de líderes dice que debe ser América Latina y, en segundo lugar, América del Norte (33%). Muy pocos (12% de público y ocho por ciento de líderes) consideran que se deba prestar más atención a Europa. De hecho, para los líderes, la tercera opción no es Europa, sino Asia, con 16%. Todo parece indicar que México es un país anclado en el continente americano sin una visión del mundo en conjunto y que no acaba de tomar conciencia de la importancia creciente de Asia para la economía mundial. Por conocidas razones históricas, geográficas, económicas, diplomáticas, los mexicanos miran primero al norte, después al sur, ocasionalmente a occidente y muy rara vez a oriente.

Sin exagerar, Estados Unidos es el país más relevante para México, no sólo por razones socioeconómicas —los enormes flujos financieros, comerciales y migratorios entre ambos países—, sino también geopolíticas: México comparte la frontera más amplia de su territorio con el país más importante del mundo. Esta situación ha repercutido, sin duda, en la mirada de los mexicanos hacia el norte. Hasta el levantamiento de 2008, la mayoría de los encuestados se mostraba desencantada con ese país y había perdido entusiasmo por la integración con América del Norte. Sin embargo, el dato más relevante de 2010 mostró una mejora indudable de las opiniones de los mexicanos sobre Estados Unidos. Es el único país que incrementó su puntuación en el termómetro de países, especialmente entre los líderes, y las valoraciones de su presidente se encuentran entre las más altas de los mandatarios.

Esta misma tendencia se observa en los sentimientos de confianza y desconfianza hacia Estados Unidos. Aunque la “desconfianza” sigue siendo proporcionalmente más elevada que la confianza (público 45% contra 37% y líderes 51% contra 43%), en 2010 se revirtió la tendencia ascendente. Hasta el año 2008 dos terceras partes del público y de los líderes sentían desconfianza hacia Estados Unidos. Pero en el público esta actitud disminuyó 16 puntos y la confianza aumentó 12. Entre los líderes, la desconfianza cayó 13 puntos y la confianza subió 14. Además, la mitad de la población (52%) y dos terceras partes de los líderes consideraron que la vecindad con Estados Unidos es más una ventaja que un problema. La percepción de ventaja aumentó siete puntos, con lo cual se revirtió el escenario de 2008, en el que la mayoría consideraba la vecindad como un inconveniente.

¿Cuál es su opinión acerca del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) como mecanismo que ofrece oportunidades de coordinación frente a Estados Unidos? Luego de 16 años de vigencia, hay una valoración positiva de este acuerdo comercial. Un porcentaje importante del público (60%) y de los líderes (71%) opina que el TLCAN ha beneficiado “mucho” o “algo” a México. Los líderes no sólo valoran mejor que la población los beneficios del TLCAN, también tienen una opinión mucho más positiva de este acuerdo (42% piensa que ha beneficiado “mucho” al país) que de otros similares, como el Tratado de Libre Comercio con la Unión Europea (TLCUE, con 22% de opiniones muy favorables) y el Tratado de Libre Comercio con Japón (con 13%).

Por otra parte, aunque las opiniones sobre Estados Unidos han mejorado, persiste la resistencia a una cooperación mayor entre los dos países. La posibilidad de coordinar y tomar decisiones conjuntas que generen compromisos bilaterales que no gusten a México produce una división entre la población

y los líderes; igual que en 2008, la mayoría del público está en desacuerdo (55%) con tomar decisiones en forma conjunta con Estados Unidos. Sin embargo, en los dos últimos años, el desacuerdo disminuyó seis puntos porcentuales y el acuerdo subió siete. Parecería, entonces, que los mexicanos están un poco más dispuestos hoy a asumir compromisos con Estados Unidos, aunque impliquen ciertos costos. Los líderes son ambivalentes, ya que 47% está de acuerdo y 46% en desacuerdo.

Cuando se pregunta sobre acciones concretas como la cooperación para el combate al narcotráfico y el crimen organizado, se observa que mayorías (54% del público y 67% de los líderes) están a favor de recibir ayuda financiera de Estados Unidos. Sin embargo, la disposición hacia la colaboración en este rubro disminuyó ligeramente en relación con 2008, lo que podría explicarse, quizá, por la ausencia de resultados tangibles en las condiciones de seguridad pública en México. Otro ángulo de la cuestión se refiere a la disposición a pagar los posibles costos de este apoyo por parte de Estados Unidos. Por un lado, entre quienes están de acuerdo con recibir ayuda financiera para combatir el narcotráfico, 58% del público y 70% de los líderes se mantienen a favor en el caso de que Estados Unidos pidiera supervisar el uso de esos recursos. Por el otro, 57% de público y 42% de líderes permanecen a favor si Estados Unidos pidiera enviar agentes para operar en México. Lo anterior muestra que no todos los que son favorables a recibir el apoyo de Estados Unidos están dispuestos a asumir los costos. Un punto que cabe subrayar es que el público se mantiene mayoritariamente a favor y le parece razonable aceptar las exigencias de Estados Unidos; en cambio, los líderes sólo aceptarían la supervisión de recursos, pero no la operación de agentes estadounidenses en el país.

¿Cómo se ubican los mexicanos cuando miran hacia el sur? México es geográfica y económicamente parte de América del Norte, aunque histórica y culturalmente es más cercano a Amé-

rica Latina. La pregunta relevante es si esta doble vinculación plantea a los mexicanos una disyuntiva entre ambas regiones. Mayorías relativas del público (45%) y los líderes (48%) consideran a México más latinoamericano que norteamericano (37% y 36%, respectivamente). Además, los mexicanos ven con optimismo lo que ocurre al sur del continente y tienen una valoración positiva de las relaciones con los países latinoamericanos. La mitad del público (49%) y de los líderes (53%) opina que las relaciones de México con el resto de América Latina han mejorado en la última década, en tanto que 27% y 13%, respectivamente, estiman que se han mantenido igual. Sin embargo, 34% de los líderes considera que han empeorado en contraste con una proporción menor del público (17%) que comparte esta opinión pesimista. De manera consistente, la mayoría de la población (55%) también cree que en los próximos 10 años las relaciones con América Latina mejorarán, opinión compartida por una mayoría absoluta de líderes (82%).

Lo que sí ha cambiado es la posición de los mexicanos respecto al papel de México en la región. La respuesta a este cuestionamiento es importante, pues para algunos expertos y tomadores de decisiones México es y debería ser un líder regional. No obstante, entre el público encuestado, sólo poco más de un tercio (35%) cree que México debe ser líder en América Latina, mientras que casi la mitad (46%) piensa que debe participar con otros países sin pretender un liderazgo regional y 13% opina que debe mantenerse alejado de esfuerzos latinoamericanos. La opinión a favor del liderazgo disminuyó seis puntos con respecto a 2008. Los líderes son ambivalentes y están divididos: 50% opina que México debe participar sin perseguir un liderazgo regional y 47% piensa que debería buscar ser el líder en la región.

Entonces, si México no se ve a sí mismo como líder regional, ¿qué país es o podría serlo? Al preguntar sobre el país más influyente en la última década, la gran mayoría (66%) del público

mexicano fue incapaz de mencionar alguno, una proporción que aumentó drásticamente respecto a la de 2008 (22%). De 34% que sí mencionó a algún país, 11% identifica a Brasil como la nación con mayor influencia y, ocho por ciento a México, el cual perdió el primer sitio ocupado en 2008. Entre los líderes, también Brasil es señalado como el país más influyente por una indiscutible mayoría (83%), luego México, pero sólo con cinco por ciento. Esta evaluación retrospectiva concuerda con la percepción prospectiva de influencia y liderazgo regional. A la pregunta: “¿Qué país tendrá más influencia en la región en los próximos 10 años?”, sólo 30% del público proporciona una respuesta y entre quienes respondieron, hay cierto optimismo, puesto que México (11%) está ligeramente arriba de Brasil (10%), aunque es un optimismo disminuido, pues bajó 17 puntos. Por el contrario, entre líderes, 71% opina que Brasil será el país más influyente (17 puntos más) y 18% considera que México (bajó 10 puntos). De lo anterior sobresalen dos lecturas. Primero, entre los mexicanos ha disminuido tanto la voluntad de que México sea líder como la percepción de su posible influencia en la región. Segundo, el país que indiscutiblemente ha ocupado esta posición, y previsiblemente la seguirá ocupando, es Brasil.

En 2010, se decidió incluir en el cuestionario una lista de siete posibles acciones concretas para favorecer la integración regional en América Latina, que restringen en mayor o menor medida el margen de acción de los países. El primer hallazgo interesante es que el público y los líderes jerarquizaron de igual forma las distintas acciones para la integración. Lo diferente es que los líderes muestran un mayor porcentaje de apoyo que el público a todas las medidas. Más de setenta por ciento de la población mexicana está de acuerdo con acciones como construir caminos y puentes para conectar la región y permitir la libre circulación de inversiones, lo mismo que el libre flujo de bienes y servicios. Entre líderes, el apoyo a estas acciones de in-

tegración es más contundente, pues más de noventa por ciento está de acuerdo. Además, 60% del público y 65% de los líderes estarían de acuerdo en la creación de un parlamento latinoamericano. Sobre la posibilidad de crear una moneda común latinoamericana, tanto la población como los líderes están divididos con alrededor de cincuenta por ciento de acuerdo en cada grupo. Finalmente, el público y los líderes rechazan dos tipos de acciones: el libre movimiento de personas sin controles fronterizos en la región y la formación de un ejército latinoamericano. Estos datos sugieren que los mexicanos están a favor de un modelo de integración regional de carácter económico, más que social y político, diferente al europeo.

Los mexicanos miran de manera distinta hacia los otros polos del mundo: Europa y Asia. En general, la mirada hacia Europa es de optimismo e idealismo, pero no hay sentido de prioridad por atender esa región, en tanto que se mira a oriente con mayor distancia, con menor grado de aprecio y acuerdo. ¿En qué consisten entonces las opiniones de los mexicanos respecto a estas dos regiones? Comencemos por Europa.

En el termómetro de los mexicanos, los países europeos están en las posiciones más altas de puntuación. Sin embargo, Alemania y España disminuyeron de posición y, desde 2004, han perdido puntuaciones entre el público y los líderes. Francia perdió confiabilidad como uno de los países que puede mantener la paz en el mundo. El presidente del Gobierno de España también disminuyó en sus puntuaciones y alcanzó una posición intermedia. Por último, entre el público, Europa es la tercera región a la cual hay que prestar atención (favorecida sólo por 12%) y entre los líderes, la cuarta (con sólo ocho por ciento de apoyo). En pocas palabras, Europa ha perdido importancia en las prioridades de los mexicanos.

Los países asiáticos, por su parte, también aparecen entre los mejor valorados. Asia-Pacífico, como región en particular,



tiene en promedio una valoración alta entre los mexicanos, pues se encuentra sólo debajo de América del Norte y Europa, y arriba de las distintas subregiones latinoamericanas y Medio Oriente. No obstante, al igual que Europa, ello no coincide con el orden de prioridades de los mexicanos, pues, con respecto a la atención que habría que prestarle, está detrás de América Latina. El crecimiento de China divide a la opinión pública mexicana: 40% del público piensa que sería positivo para el mundo si la economía china creciera hasta ser más grande que la estadounidense, mientras que 37% opina que sería negativo. Por el contrario, los líderes tienen una visión mucho más positiva (59%) del ascenso económico de China; la mayoría (76%) considera que los países asiáticos son una “oportunidad” más que un “riesgo” para México.

Los mexicanos no sólo se relacionan y colaboran con países y regiones de forma bilateral, también participan en múltiples espacios multilaterales de alcance mundial y regional. Utilizando la misma escala de 0 a 100, se obtuvo la apreciación de los mexicanos sobre 11 organismos y mecanismos de concertación internacional y regional. Al respecto, las opiniones del público y de los líderes difieren en el orden de sus afectos. Mientras la institución mejor valorada por el público es la ONU (75 puntos promedio), para los líderes es la Unión Europea (77). Entre los líderes, la ONU es la segunda organización mejor evaluada (con 73 puntos), para el público, las empresas multinacionales (64), las cuales ocupan uno de los lugares más bajos entre las elites. La Unión Europea ocupa la cuarta posición (63) en el público, después de la OEA (64). Al contrario, los líderes ubican en la tercera posición a las organizaciones no gubernamentales (71) y en la cuarta a la OEA (64). Curiosamente, dada su importancia económica para México, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) se ubica en una posición intermedia entre el público (63), junto con la Unión Europea y el Fondo Monetario

Internacional (FMI), y en una posición incluso más baja entre los líderes (62), empatado con el Mercado Común del Sur (Mercosur) y debajo del FMI (63).<sup>2</sup>

¿Cuán dispuestos están los mexicanos a colaborar en actividades de las Naciones Unidas que impliquen la participación de las fuerzas armadas? Hay apoyo sostenido por parte de la población y apertura creciente por parte de los líderes. Existe voluntad de la población de colaborar con la ONU mediante el envío de fuerzas para operaciones de mantenimiento de la paz; cerca de sesenta por ciento se ha mantenido a favor desde 2008. Los líderes, por su parte, tienen una opinión cercana a cincuenta y seis por ciento, aunque cabe destacar que con respecto a 2008 ha habido un incremento de más de veinte puntos, cuando 59% pensaba que México debería dejar esas actividades a otros países.

## Los mexicanos frente al fenómeno migratorio

El tema de la migración, siempre presente en la vida social de México, se tornó candente en 2010. Si bien la creciente ola antiinmigrante en Estados Unidos dominó la discusión nacional, la masacre de migrantes centroamericanos en San Fernando, Tamaulipas, obligó a los mexicanos a volver la mirada hacia dentro y contemplar la inmigración a México. Por ende, *México, las Américas y el Mundo* amplió considerablemente su cobertura del tema para poder observar con más precisión las dos caras de este complejo problema.

---

<sup>2</sup> La mayoría de los líderes conoce las organizaciones, pero en el público la brecha de conocimiento es enorme: va desde 87% que conoce a la ONU hasta los casos en que son conocidas por menos de la mitad del público como el G20 y la Alba (47% y 38%, respectivamente).

Varias paradojas se advierten del análisis de la información. Primero, la emigración goza de aceptación social, a la vez que provoca sentimientos encontrados. Segundo, los mexicanos se declaran dispuestos a recibir inmigrantes de países culturalmente afines, pero en la práctica los inmigrantes latinoamericanos son los peor evaluados. Tercero, si bien la mayoría de los mexicanos reconoce a los extranjeros que viven en México los mismos derechos que exige para sus compatriotas en el exterior, un número importante reclama exclusividad en el ejercicio de derechos políticos que no están dispuestos a otorgar, y la intensidad con que solicitan prerrogativas para sus paisanos es considerablemente mayor a la que muestran hacia los extranjeros. Cuarto, los mexicanos anhelan la legalización de “indocumentados” en Estados Unidos, pero favorecen la deportación de “ilegales” en México. Quinto, existe un desfase entre el deseo de una mayor apertura migratoria en los países industrializados y el escaso respaldo al libre tránsito de personas dentro de América Latina. Finalmente, las peticiones más sentidas que los mexicanos plantean a su gobierno son precisamente las menos probables de cumplirse.

Existe un declive de la migración neta, pues el porcentaje de mexicanos que reporta tener familiares fuera de México pasó de 61% en 2004 (primer año en que se levantó la encuesta) a 52% en 2010, una baja de nueve puntos. A pesar de esta marcada disminución, un alto porcentaje de mexicanos sigue teniendo familiares en el extranjero y la migración neta sigue superando la mitad de la población.

Además, no obstante su notable decremento, las remesas siguen siendo la segunda fuente de divisas más importante para el país, después del petróleo. El dinero procedente del extranjero se concentra en relativamente pocos hogares: 12% de los encuestados reporta que él o su familia recibe remesas de parientes en el exterior. La evolución del porcentaje de encues-

tados a los que llegan remesas ha guardado relación estrecha con el incremento y, a partir de 2007, la caída de los montos de dinero enviado desde Estados Unidos (de donde proviene 96% de las remesas) a México. En 2004, 21% de los encuestados dijo haber recibido remesas, cifra que aumenta a 24% en 2006 para bajar a 15% en 2008 y 12% en 2010.

A pesar del endurecimiento de la política migratoria y de la crisis económica que sacudió a Estados Unidos, migrar al exterior sigue siendo una opción atractiva para muchos mexicanos. De los encuestados, 37% afirma que si pudiera, se iría a vivir fuera de México, cifra ligeramente inferior a la de 2008 (40%). Estados Unidos es el destino preferido (o al menos más factible) de emigración, elegido por 62% de quienes están dispuestos a radicar en otro país. Le siguen Canadá (13%) y España (siete por ciento), en segundo y tercer lugar. El resto de los destinos posibles incluidos en la pregunta —Francia, Alemania, “cualquier país europeo” y “otros”— resulta poco atractivo, con tres por ciento o menos cada uno.

¿Los mexicanos consideran la emigración benéfica o perjudicial? Lo que encontramos es ambivalencia: la mayoría (57%) opina que la “migración de mexicanos a otros países” es “buena” para los países receptores, frente a 29% que dice que es “mala” y 10% que la percibe como “ni buena ni mala”. No hay duda, pues, en los beneficios que aportan los migrantes mexicanos al país al que se van a trabajar. Sin embargo, al evaluar las bondades de la emigración, la opinión es más ambivalente: 45% califica la migración al extranjero como buena para las familias de los migrantes (41% mala y 13% ni buena ni mala), 47% como buena para “su comunidad, ciudad o pueblo de origen” (38% mala y 13% ni buena ni mala) y 44% como buena para México (44% mala y 10% ni buena ni mala).

¿Cómo ven los mexicanos a los extranjeros que vienen a vivir en México? ¿Qué aportan éstos a la sociedad mexicana y

en qué la afectan? Los mexicanos demuestran apertura hacia los extranjeros, pero no dan la bienvenida por igual a todos. Variables como el perfil social del inmigrante, así como su país de procedencia son fundamentales. El público también distingue marcadamente entre la inmigración autorizada y la indocumentada. Ahora bien, la impresión que tienen los mexicanos de los extranjeros pocas veces se forma por un contacto directo o estrecho con ellos. Un porcentaje relativamente bajo de los encuestados (18%) dice que “tiene relación con extranjeros que viven en México”.

En general, los mexicanos valoran positivamente la inmigración. Combinando las respuestas de “muy buena” y “buena”, 63% tiene una opinión favorable “sobre los extranjeros que viven en México”, comparado con 22% cuya opinión es “ni buena ni mala” y 12% cuya opinión es desfavorable (o sea, “mala” o “muy mala”). La población en general no se siente abrumada por el número de foráneos en el país, pues de la mayoría (53%), 24% juzga que es “adecuado” o bien, 29% que “son pocos”; entre tanto, 32% opina que hay “demasiados”, y el restante 14% dice no saber. Los líderes aprueban la inmigración aún más, pues 33% estima que el número de extranjeros es adecuado y 46% que son pocos.

Para la mayoría de los mexicanos, la inmigración, más que perjudicar a la sociedad y la cultura nacionales, acarrea ventajas importantes, particularmente en el terreno económico. Combinando las respuestas de “muy” y “algo de acuerdo”, una mayoría (77%) está de acuerdo con la opinión de que los extranjeros que viven en México “traen ideas innovadoras”. En ese mismo sentido, un porcentaje similar (76%) está de acuerdo con que los inmigrantes “contribuyen a la economía mexicana”. Por otro lado, los mexicanos advierten pocas desventajas en la inmigración, al no estar de acuerdo mayoritariamente en algunas de las críticas más comunes contra los extranjeros.

De los encuestados, 55% rechaza la aseveración de que los extranjeros “generan inseguridad”, mientras que 54% discrepa de la afirmación de que los extranjeros “quitan empleos a los mexicanos”. La opinión respecto a los efectos de la inmigración sobre la cultura mexicana se encuentra más dividida: 48% está en desacuerdo con la idea de que los extranjeros “debilitan las costumbres y tradiciones mexicanas”, mientras que 47% está de acuerdo.

La evaluación generalmente buena que los extranjeros les merecen a los mexicanos (63% favorable) se matiza según el país de procedencia. Al indagar acerca de las opiniones sobre “grupos de extranjeros que viven en México”, procedentes de siete países y del continente africano en su conjunto, los inmigrantes mejor evaluados fueron los que no son latinoamericanos; encabezan la lista los estadounidenses con una opinión favorable, o sea “muy buena” o “buena” 56%, y los españoles (55%). Siguen los chinos, con 51%. Los punteros latinoamericanos son los argentinos y los cubanos (45% en ambos), mientras que los “africanos” lograron un puntaje favorable de 41%. Los peor evaluados son los colombianos (39%) y los guatemaltecos (36%). Debe puntualizarse que el porcentaje de mexicanos que tiene una “impresión general muy o algo favorable de los migrantes centroamericanos en México” ascendió notablemente entre 2006, cuando era de 46%, y 2010, cuando alcanzó 60% (después de una ligera baja a 41% en 2008).

Además de las diferencias que marca la opinión pública entre países, la receptividad hacia migrantes se distingue entre los que llegan con permiso y los indocumentados. La encuesta arroja evidencia de firmeza contra la migración indocumentada. Entre las opciones para resolver el problema, privan las relativamente duras por encima de las más flexibles en las preferencias de los mexicanos, aun cuando hay repudio general hacia la alternativa más severa: la construcción de un muro en

la frontera sur. Así, 79% está “muy” o “algo de acuerdo” con “aumentar los controles fronterizos”; 71%, con “tener programas de trabajadores temporales”; 66%, con “deportarlos a su país de origen”; 34%, con “permitir la entrada sin obstáculos”, y 21%, con “construir muros en las fronteras”.

Los mexicanos generalmente evalúan bien tanto la emigración como la inmigración y enfatizan sus beneficios por encima de sus perjuicios. En consecuencia, ¿qué derechos exigen para sus connacionales migrantes en otros países y qué derechos están dispuestos a otorgar para los extranjeros que viven en México? Por primera vez, *México, las Américas y el Mundo* incluyó preguntas idénticas sobre los derechos demandados para los emigrantes mexicanos, por un lado, y los derechos dispuestos a otorgar a los inmigrantes en México, por el otro. Al respecto hay hallazgos interesantes. Mayorías contundentes reclaman los derechos de reunificación familiar, educación, salud, asociación, trabajo y sufragio para sus compatriotas en el exterior. Mayorías claras, pero de menor tamaño, también concederían estos derechos a los inmigrantes en México.

Los derechos pueden dividirse en dos categorías: sociales y políticos. Los porcentajes de mexicanos dispuestos a conceder derechos sociales a extranjeros se acercan a los porcentajes que reclaman esos derechos para los migrantes mexicanos, aunque siempre son menores. De los encuestados, 99% está de acuerdo (esto es, “muy” o “algo de acuerdo”) con que “los mexicanos que viven en el extranjero tengan acceso a servicios de salud” y 94% con que los “extranjeros que viven en México” cuenten con servicios de salud; 97% está de acuerdo con que los mexicanos en otros países deberían poder “obtener un trabajo en igualdad de condiciones que los ciudadanos del país” y 85% con que los extranjeros tengan ese derecho en México; 96% está de acuerdo con que los mexicanos en el exterior tengan “acceso a la educación pública” y 91% con que los extranjeros acce-

dan a la educación pública en México. Por último, 83% de los encuestados está de acuerdo con que los mexicanos en otros países tengan derecho a “llevar a su familia a vivir con ellos”, mientras que 81% está de acuerdo con que lo hagan los inmigrantes. Pareciera, entonces, que los mexicanos son proclives a reconocer para los extranjeros en México los mismos derechos sociales que demandan para sus compatriotas en otros países. Los niveles de reconocimiento de los derechos de inmigrantes son altos (el más bajo, en lo que respecta a la reunificación familiar, es de 81%) y las diferencias entre el apoyo a los derechos de emigrantes e inmigrantes son pequeñas (la más grande, que se refiere al derecho a trabajar, es de 11 puntos).

Sin embargo, el público mexicano se muestra menos generoso con los derechos políticos, pues se agrandan las diferencias entre los porcentajes que exigen derechos para los emigrantes mexicanos y los que admiten para los inmigrantes extranjeros. Entre la población encuestada, 93% está de acuerdo con que los mexicanos en otros países tengan el derecho a “formar organizaciones para defender sus derechos”, comparado con 77% que respalda el derecho de asociación para los inmigrantes en México. Paralelamente, 80% está de acuerdo con que los mexicanos tengan derecho a “votar en las elecciones del país donde residen” y 61% con que los extranjeros puedan votar en México.

En suma, los datos son susceptibles de una doble lectura. Mayorías considerables otorgarían a extranjeros en México los mismos derechos que exigen para mexicanos en otros países, lo cual revela un espíritu igualitario. En cambio, el porcentaje de las mayorías dispuestas a conceder derechos a extranjeros siempre es menor —a veces por una gran diferencia— al de las que demandan derechos para sus compatriotas, lo cual podría interpretarse como una doble moral, o que el discurso de los derechos es meramente retórico. En todo caso, entre los mexicanos no parece existir una conciencia clara con respecto a las dife-



rencias que hacen entre los connacionales que emigran y los extranjeros que inmigran, al grado que 75% de los entrevistados considera que los mexicanos tratan mejor a los migrantes indocumentados centroamericanos que los estadounidenses a los mexicanos sin papeles.

De cuatro opciones para tratar el problema de los connacionales indocumentados en Estados Unidos, la población opina claramente que la prioridad del gobierno mexicano debería ser la de buscar que el gobierno de Estados Unidos legalice a los mexicanos (33%); seguido siete puntos porcentuales abajo por “invertir para generar empleos en las comunidades de origen” (26%); luego “negociar con el gobierno de Estados Unidos un programa de trabajo temporal” (23%), y “dar protección legal y servicios a los migrantes mexicanos que viven allá” (17%). Algunas de estas exigencias resultan poco realistas dadas las escasas posibilidades que tiene el gobierno mexicano de incidir en la política interna de Estados Unidos. Es decir, las preferencias parecerían estar ordenadas en el sentido inverso a su factibilidad. Acaso por ello, los líderes prefieren, en su mayoría, que el gobierno erogue recursos para crear trabajos (53%), antes que otras acciones como la legalización de indocumentados (19%), un programa de trabajo temporal en Estados Unidos (18%) y, al último, la protección consular (ocho por ciento).

También, el público mexicano exhorta al gobierno a reforzar una política preventiva para disuadir a indocumentados potenciales a que emprendan la travesía “al otro lado”. Puesto que “cada año, muchos mexicanos pierden la vida o son víctimas de abusos, al tratar de migrar” (según reza la introducción a la pregunta), 96% del público y de los líderes está de acuerdo con que “el gobierno mexicano les informe de los riesgos”, aun cuando falta un análisis riguroso sobre qué tanto han incidido las campañas informativas en la caída de la tasa de migración. De manera sorprendente, 90% del público (y 77% de los líderes)

opina que el gobierno debería “evitar la salida por lugares no autorizados”, lo cual probablemente violaría la garantía individual de libertad de tránsito consagrada en el artículo 11 de la Constitución mexicana.

En resumen, no obstante la reducción tanto del flujo migratorio a Estados Unidos como de las remesas que reciben los mexicanos, la migración al exterior sigue pesando de manera fundamental en la vida económica y social de México. Por otra parte, la inmigración a México ha adquirido mayor relevancia en los últimos años. Los mexicanos demuestran apertura hacia los extranjeros al opinar que aportan a la economía y la cultura, y se inclinan por reconocer los derechos sociales y políticos de los migrantes. Sin embargo, la receptividad hacia los inmigrantes se encuentra acotada por los límites que marcan distintas contradicciones al interior de la opinión pública. Los mexicanos prefieren a inmigrantes con afinidad cultural, pero tienen una opinión menos favorable de los extranjeros provenientes de América Latina que de los procedentes de Estados Unidos y Europa. La demanda de derechos es con frecuencia mayor a la disposición a concederlos. Los mexicanos insisten en la legalización de indocumentados en Estados Unidos, pero deportarían a los indocumentados centroamericanos. Temen que los países industrializados cierren sus fronteras a los migrantes, pero rechazan la libre circulación de personas entre los países latinoamericanos.

### **Elementos para pensar y diseñar la política exterior**

De los resultados de la edición 2010 de *México, las Américas y el Mundo* se derivan varios elementos para pensar la política exterior del país con base en las preferencias y afinidades de la población. El primero se refiere a la actualización del naciona-

lismo mexicano. Hoy en día, la sociedad mexicana se muestra más identificada con su nacionalidad y, a la vez, más abierta a la interacción cultural, económica, política y social con el mundo. En materia de identidades y apertura al exterior, las brechas regionales se acortan y es posible hablar de una mexicanidad menos retraída y más pragmática a la que entonces describía Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. A pesar de su visión pesimista sobre la situación mundial y que su nivel de contactos directos con el mundo ha bajado de intensidad, los mexicanos favorecen el activismo internacional.

Lo que realmente divide a la población no es una frontera mental entre lo nacional y lo internacional, sino su grado de interés general en los asuntos públicos. Quienes se interesan por los problemas internos del país también prestan atención a lo que ocurre en otras latitudes. Lo que persiste, sin embargo, es un amplio desconocimiento del mundo más allá de Estados Unidos y América Latina. El provincialismo “continental” de los mexicanos les impide advertir y calibrar la creciente importancia de otras regiones, en particular del nuevo motor asiático de la economía mundial, y la necesidad de asumir responsabilidades multilaterales en la gobernanza mundial. Sin embargo, el punto importante que cabe resaltar es que las posibles resistencias a una participación internacional activa no son identitarias, sino de carácter cognitivo y práctico, relacionadas con la manera de entender sus posibles beneficios y costos.

La segunda reflexión es que los mexicanos miran al mundo desde la óptica de sus realidades inmediatas y necesidades concretas. Con respecto a las amenazas internacionales y las prioridades de la política exterior de México, existe una gran coherencia y continuidad en las respuestas a lo largo del tiempo. En total sintonía con la evaluación de las amenazas externas, los mexicanos (población y líderes por igual) identifican como

las prioridades de la política exterior mexicana las que están relacionadas con su realidad personal y condiciones de vida y, en general, quieren que la conducción de las relaciones con el mundo les permita vivir mejor y disponer de una buena imagen internacional que les abra puertas y oportunidades.

México ha tenido, a lo largo de la historia, una política exterior que privilegia los instrumentos de poder suave que generan influencia mediante la persuasión, y evita los de poder duro, fincados en la coerción. Los mexicanos aprueban el uso de estos instrumentos de poder suave; tanto líderes como población prefieren una política exterior de índole cultural, comercial y diplomática, y rechazan, enfáticamente, el uso de la fuerza militar. Así, hay amplias bases de apoyo en la sociedad para fortalecer estas herramientas en la política exterior del país, en particular la diplomacia cultural, pues, para los mexicanos, su cultura es el segundo motivo de orgullo nacional. El principal reto que esto plantea a México es que la crisis de inseguridad pública mina la eficacia de su poder suave, pues éste depende, en gran medida, de la imagen, la reputación y la credibilidad internacional del país.

La población nacional y los líderes de México no comparten dos ideas que han sido bastante recurrentes sobre su ubicación en el mundo: por un lado, no creen que el país sea la “puerta” ni el “puente” de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina y, por el otro, tampoco consideran válida la necesidad de decidir entre ambas regiones ni les resulta forzoso optar entre colaborar con unos u otros. En cambio, de acuerdo con los resultados de la encuesta, parece que los mexicanos estiman muy favorable y posible incrementar el intercambio y la cooperación tanto con sus vecinos del norte como del sur. México podría ocupar una posición en el mundo de facilitador y promotor de las Américas, que empate y sincronice las agendas de ambas regiones: los mexicanos están más dispuestos a coope-

rar con Estados Unidos, en tanto pueda incluir los beneficios de la identidad y la cercanía con América Latina. Así, la tercera conclusión general del estudio es que predomina la visión de un país principalmente anclado en el continente americano.

Podemos concluir lo anterior con base en dos hallazgos. El primero de ellos es que, en el año del bicentenario de la independencia, los mexicanos mostraron actitudes más positivas hacia Estados Unidos que en los años previos. La mayoría cree que la vecindad con ese país es una ventaja y que las relaciones con el vecino del norte han sido y serán mejores. No obstante, la cooperación tiene límites y condiciones: siguen estimando de manera positiva el intercambio comercial y la ayuda de Estados Unidos en el combate al narcotráfico, pero sólo el público aceptaría los costos de ser vigilados y permitir la operación de agentes estadounidenses en México. El segundo dato clave es que la apreciación hacia América Latina sigue manteniéndose alta y con una elevada propensión a conseguir una integración regional en comercio e infraestructura. Los mexicanos no aspiran a ocupar una posición de liderazgo en el ámbito latinoamericano, sino más bien a coordinar sus acciones con los países de la región y sumarse a iniciativas conjuntas. Esta actitud es consistente con su débil disposición a aceptar los costos y compromisos de ejercer un papel de liderazgo y tener mayores responsabilidades en la promoción del desarrollo y la estabilidad regionales.

Sin duda, para los mexicanos el país está bien afinado en el continente, por lo que sus actitudes y preferencias hacia otras regiones, en particular Europa y Asia, son más producto de una aspiración que de un interés práctico y concreto o de un sentimiento de cercanía. Cuando se asoman al mundo, los mexicanos pocas veces voltean hacia el Atlántico o el Pacífico y, cuando lo hacen, miran al continente europeo con optimismo e idealismo y al asiático con menos aprecio y

ambivalencia. Sin embargo, en ningún caso existe una percepción de prioridad de las relaciones con estas regiones. Finalmente, también están dispuestos a participar en ámbitos multilaterales, pero sin asumir compromisos mayores. El reto para México está en capitalizar mejor los escasos, aunque valiosos, recursos de los que dispone en sincronizar la multiplicidad de agendas en el continente americano, para de ahí apuntalar las otras opciones aún remotas, como Europa, Asia y lo multilateral. Es decir, se debe actuar a partir del continente hacia el mundo.

Por último, ¿qué temas habría que priorizar? La clave estaría en seleccionar los temas mundiales de mayor relevancia para la población mexicana y en los cuales México pueda maximizar sus instrumentos de poder suave para acercar posiciones en el ámbito regional y multilateral. Uno de los asuntos que mejor cumple con estas condiciones es el de la gestión de la migración, pues los resultados de la encuesta revelan la existencia de acuerdos internos básicos para la articulación de una política migratoria integral. ¿Qué puede hacer el gobierno mexicano en materia de migración? México debe sustentar su actuar en el escenario internacional y su política interna sobre la base de dos principios básicos. Primero, no pedir lo que no da. Segundo, conjugar lo deseable con lo factible. Esto último lo determinan los límites que marcan tanto el entorno internacional como la opinión pública dentro del país.

Si México exige la legalización de indocumentados en Estados Unidos y, en general, una mayor apertura hacia la inmigración por parte de los países industrializados, debe poner el ejemplo en casa con una política migratoria progresista. De acuerdo con lo anterior, las siguientes medidas gozarían de amplia aceptación entre ambos segmentos de la población: a fin de reducir el flujo migratorio a Estados Unidos, deberían reforzarse las campañas informativas que alertan a los emi-

grantes mexicanos potenciales sobre los riesgos de cruzar la frontera. También, existe un respaldo robusto a la inversión de recursos públicos para generar fuentes de empleo en zonas rurales y expulsoras de migrantes (la opción preferida por las elites y la segunda más preferida por el público). Una ampliación y reorientación del gasto público tendría que complementarse con políticas más orientadas hacia el mercado, como incentivos fiscales, mayor apoyo crediticio, la potenciación de aportaciones privadas mediante contribuciones gubernamentales asociadas y una mayor explotación del potencial productivo de las remesas colectivas y privadas, entre otras.

Respecto a la inmigración a México, el gobierno debe instrumentar un programa de trabajo temporal para los migrantes centro y sudamericanos. Es cierto que los mexicanos desean una postura gubernamental más enérgica contra la inmigración irregular, pero es igualmente cierto que favorecen que se brinden mayores facilidades para estar en México legalmente. También, el público y los líderes auspiciarían ampliar la gama de derechos políticos y sociales con los que cuentan los extranjeros en México. Específicamente, podrían flexibilizarse los requisitos para que traigan a sus familias al país, y podrían ensancharse sus derechos políticos, en particular los de libertad de asociación y expresión.

Desde luego, el gobierno mexicano debe, por principio, esmerarse en la protección de los derechos de los migrantes mexicanos en Estados Unidos. Tampoco puede abandonar la pretensión de que Estados Unidos regularice la situación migratoria de los casi siete millones de indocumentados mexicanos que residen allí; con todo, su posición surtiría mayor efecto si se acompañara de medidas concretas y consecuentes de política migratoria. El impacto sería aún mayor si las iniciativas se plantearan de forma colectiva, conjuntamente con otros países afectados. Las acciones para desacelerar los flujos migratorios a

Estados Unidos, ya esbozadas, demostrarían buena voluntad de parte del gobierno mexicano para hacer frente a un problema que preocupa al vecino del norte, a México y a los vecinos centroamericanos. Por su parte, las reformas a la política interior mostrarían que México “practica lo que predica”, al prestarle mayor fuerza moral a sus esfuerzos para que se liberalice la política migratoria de Estados Unidos y de otros países industrializados. La presión moral seguramente demorará en rendir frutos, pero su poder no debe desestimarse, pues los gobiernos suelen ser sensibles a la opinión internacional. Más importante aún, al retomar la política migratoria abierta de la tradición de asilo que albergó a tantos asilados políticos de todo el continente, México tendría la oportunidad de recuperar el liderazgo internacional en un tema cada vez más relevante para las relaciones entre países y pueblos.